

• «Hay que echar a los patosos de las turbas»

Si alguna vez la Semana Santa conquesa se ha desarrollado fuera de su marco habitual, la calle, ésta ha sido en la tasca de «Botes». Nos referimos, lógicamente, a las charlas y coloquios de los innumerables clientes y amigos que Julián tenía. Estos elegían su casa, su taberna, para chatear y hablar de cómo se iba a desarrollar, de los pormenores de la Semana Grande que entraba y como había transcurrido la del año anterior. Era, en definitiva, una tertulia de los protagonistas semanaseros, de los conqueses que vivían estas fechas y que elegían la tasca de «Botes» porque, sencillamente, él, por sí solo, era la antesala de la Semana Santa de jóvenes y mayores.

Sobre la antigüedad de su taberna, Julián nos explica que «cuando murió mi padre en el año 57, yo dejé el horno, y un año después monté la tasquilla, hasta el 81, que me dio un infarto de miocardio». Recuerda Julián el fatídico día en el que «sus chicos» llegaron a las puertas de su casa para abrir la taberna, «me tuvieron que meter en una ambulancia y llevarme a la residencia, fueron unos momentos muy difíciles para mí, mi tasca cerrada, mi gente y mis chicos desperdigados, me acordaba mucho de todo esto».

«Botes», nombre popular como se conocía la taberna de Julián, no solamente en Cuenca, también fuera de nuestras fronteras provinciales, y nos irriveríamos a decir que en varios países este nombre era asociado con la Semana Santa conquesa. «Hace muchos años —nos comenta Julián, explicándonos los orígenes de este nombre— mi padre era lechero, y llevaba un bote en la chaqueta para echar agua a la leche, y es cuando, a partir de este momento, se quedó con el nombre de «Botes»».

Julián consiguió unir en una misma sala, su taberna, a jóvenes y mayores, no solamente los sentó en las mismas mesas, sino que también hizo que se relacionaran, que la amistad creciese entre ellos. Abuelos de 70 años jugaban al mus con jóvenes de 18. «Yo era un cliente más, como tu bien sabes. Pero tomé otra copilla de resoli. ¿Está bueno, verdad? —Y Julián me vuelve a llenar el vaso—. Aquí se servía cada uno lo que iba a beber, existía una unión muy grande. En la actualidad sigo teniendo ami-

• «La Semana Santa en mi tasca empezaba quince días antes»



Julián y su porrón. «Yo era un cliente más entre la gente que venía a mi casa, me gustaba alternar con jóvenes y mayores, la taberna estaba abierta a todo el mundo.»

Julián, «Botes»: 30 años al servicio de la Semana Santa conquesa

Fue centro de reunión de turbos y nazarenos

La tasca de «Botes» ha sido durante treinta parada obligada para turbos y nazarenos. Sus viejas mesas y taburetes fueron testigos inertes de innumerables charlas entre los conqueses semanaseros. Julián consiguió hasta el año 81,

en el que se vio obligado a cerrar la taberna, unir a jóvenes y mayores desarrollar un ambiente cargado de camaradería. Su resoli gozó de una enorme popularidad, que hoy en día es añorado entre los buenos bebedores

gos por todo el mundo, mantengo correspondencia con franceses, japoneses, canadienses...»

—Julián, vamos a hablar de la Semana Santa. ¿Qué piensas que le falta?

—Espera, que se me ha olvidado darte unas rosquillas, pero échate otra copilla de resoli, hombre. (El resoli de Julián

entra muy bien, pero ya llevo dos copas y amablemente rehusó su invitación). Yo creo que a la Semana Santa no le falta de nada, lo único necesario es seguir manteniendo la unión entre los conqueses, y si viene algún patoso, sobre todo en las turbas «de mi vida», se le echa fuera de las filas y santas pascuas.

Para «Botes» la gente joven es el verdadero sosten de nuestra Semana Santa. «Los jóvenes han subido la Semana Santa y yo estoy seguro que el cariño de estos chavales a estas fechas hará que nunca desaparezca, y aún es más, si cabe, la potenciarán.»

Desde que Julián tiene cerrada la taberna parece que a la



• «Botes» consiguió unir a jóvenes y mayores

cuesta le falte algo. Los que como este periodista éramos asiduos clientes de esta tasca, tanto en Semana Santa como a lo largo del año, cada vez que pasamos por las puertas nos invade una nostalgia; cuando por estas fechas o semanas antes Julián nos hacía vivir estos entrañables momentos. «Muchos turbos venían a reparar sus tambores a mi horno —nos dice Julián—, me acuerdo que el pilón estaba lleno de pieles. ¿Te acuerdas? Tu te has montado más de uno aquí. Claro que me acuerdo, de esto ya hace muchos años, pero son momentos que nunca se olvidan.»

La tasca de «Botes» abría sus puertas a las cuatro de la mañana, en la madrugada del Viernes Santo. «Yo recuerdo que los Patacos y los Planchas, entre otros turbos (no llegaban a 30), venían a mi casa horas antes de la procesión a beber resoli. Según fueron pasando los años esto llegó a convertirse en un verdadero hervidero de túnicas, a mi esto me llenaba de gozo y felicidad.»

Para Julián, las turbas «son todo, bueno, para mí y para muchos, ¿o no es así? (me pregunta). Esto se lleva muy dentro, tocar el tambor o el clarín delante de «El Jesús» conmueve el corazón. Y que se dejen de tonterías todas aquellas personas que no conocen las turbas y hablan que hay muchos borrachos. Templarse, antiguamente, se templaba todo el mundo y no pasaba absolutamente nada.»

Como decíamos anteriormente, Julián hacía un resoli que los buenos bebedores de este licor catalogaban como el mejor de la ciudad, y razón no les faltaba. «Yo he llegado a vender —termina diciéndonos— en una Semana Santa unas setenta arrobas de resoli (algo más de mil litros). La gente venía exclusivamente a beberlo a mi casa y siempre acompañaba la copilla con una rosquilla que hacía a propósito.»

Ahora Julián recuerda el ayer, cuando su casa, «Botes», era parada obligada de turbos y nazarenos, cuando en su vieja taberna mantenían unas tertulias al calor de la estufa, cuando en las turbas se le «daban unas palillas» en honor de un hombre que ha dado todo por la Semana Santa.

Carlos ISERTE
Fotos: Luis DEL CASTILLO

• El resoli de Julián adquirió gran popularidad entre los semanaseros